

ACCION DE GRACIAS.

Quis est pluvia pater?

¿Quién es el padre de la lluvia?

(Job. xxxviii, 28.)

Si no hay satisfaccion mas dulce ni consuelo mas sólido para un corazón bien formado, que el cumplir con las sagradas leyes de la gratitud y del reconocimiento, no extraño, mis amados hermanos, la respetuosa devocion y el santo gozo con que os presentais en este día delante de este altar de Dios vivo, para dar gracias y un testimonio público y solemne de lo que debéis á este supremo autor de todas las cosas, y las vivas ansias con que deseais que yo sea el intérprete de los afectos de vuestro piadoso corazón. Nada hay, en efecto, mas razonable ni mas conforme á la justicia que el honrar al bienhechor con sus propios beneficios, y el manifestarle, cuanto permita nuestra flaqueza, todo el agradecimiento que por ellos puede esperar. Pero nosotros, miserables, exclamaré con el real Profeta, ¿qué podríamos dar al Señor por todos los bienes que nos ha dado? *¿Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?* ¿Cómo le agradeceremos las mercedes que nos ha hecho, ofreciéndole algo por todas, sin dejar de agradecer ninguna, tantos beneficios generosos y comunes á todos los hombres, tantos particulares á cada uno, ya espirituales, ya temporales?

Y ¿qué gracias y alabanzas serán bastantes para agradecer debidamente la bondad y la misericordiosa providencia de nuestro Padre celestial, que ha querido concedernos la lluvia benéfica y conveniente de que tanto necesitaban nuestros campos, y que nosotros de ningún modo merecíamos? ¿A quién de vosotros no ha llenado de afliccion y de pesadumbre, el ver por tanto tiempo un cielo de bronce, segun la expresion de la sagrada Escritura, y la tierra seca y endu-

recida como si fuese de hierro? ¿Un cielo tan despejado y tan sin nubes, que con su misma serenidad y alegría nos llenaba de tristeza; una tierra tan seca y de semblante tan horrible, que estéril é infecunda no admitia el arado ni nos daba la menor esperanza de los frutos que necesitamos para nuestro sustento? Al ver malogrados vuestros afanes y llenos de desconsuelo, ¿cuántos de vosotros no habéis tambien regado con vuestras lágrimas aquella misma tierra que antes habiais regado con vuestro sudor!

Pero ya el cielo ha mudado de semblante, se ha desatado en copiosas lluvias, y la tierra se muestra risueña y promete corresponder á las fatigas de su dueño. Yo os pregunto ahora: ¿á quién somos deudores de una transformacion tan importante? ¿Quién es el que ha regado los montes y los valles y ha fertilizado la tierra, para que se llene de frutos? ¿Quién es el que ha cubierto el cielo de nubes y ha preparado la lluvia para la tierra que la pedia con ansia? ¿Quién si no aquel Señor cuyo poder es infinito y cuyo saber no tiene medida? Así lo hemos confesado tantas veces en los ruegos que dirigimos á su infinita piedad: *Quid operit cælum nubibus*, SALM. cxlvi; y el Señor se ha complacido en oír las oraciones de los que ponian toda su esperanza en su misericordia. Solo este Señor podia darnos este oportuno socorro, que no pudiéramos esperar ni del poder de los reyes mas grandes, ni del ingenio de los filósofos mas profundos.

¿Sabes, le preguntaba Dios al santo Job, quién es el padre y el autor de la lluvia? *Quis est pluvia pater?* Esta misma pregunta tan breve, es la que yo quiero repetiros en el día de hoy, destinado á dar las debidas gracias á nuestro supremo bienhechor, para que nunca se borre de vuestra memoria tan señalado beneficio, y para que jamás dejes de bendecir al Señor con un sacrificio de alabanza, que le será muy gustoso y agradable, y le moverá, como dice santo Tomás, á concedernos nuevos beneficios. *Laudate Dominum*, os diré con David, *quoniam bonus*: Alabad al Señor; dadle el culto que os pide con alegría y con decoro. Penetrados de admiracion, de gozo y de confianza, decid, no solo con el corazón, sino tambien con la boca, en el templo, en vuestras casas, en las plazas y en los campos: *Gracias á Dios, gracias á Dios.*

Sí, Dios mio, Padre de nuestro Señor Jesucristo, seais siempre bendito, adorado y glorificado, Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, que nos curais con una mano, cuando nos herís con la otra; que en medio de vuestra ira no os olvidais de vuestra misericordia; y no solo cuida vuestra divina Providencia de los hijos que os aman, y de los siervos que os temen, sino tambien de vuestros mis-

mos enemigos, que reniegan y blasfeman de vuestro nombre, y lloveis sobre los justos y los pecadores.

Bendito seais, Jesús amantísimo, Jesús Hijo de Dios vivo, Dios verdadero, Salvador de todos los hombres, que por vuestra santa cruz reconciliasteis al cielo con la tierra, y nos enseñasteis á llevar con paciencia las tribulaciones: Pontífice soberano, que penetrasteis los cielos, y, sentado á la diestra del Padre, os compadeceis de nuestros males y empleais en favor nuestro el absoluto poder que teneis en el cielo y en la tierra: bendito sea vuestro dulcísimo Nombre, conocido sea y reverenciado de los ángeles y de los hombres. Y vos, Virgen purísima, mil veces feliz, sagrada virgen María, digna sois de toda suerte de alabanzas; templo de Dios vivo, sagrario del Espíritu Santo, vos sola sin ejemplar fuisteis siempre graciosa y agradable á nuestro señor Jesucristo. Madre inmaculada, santa Madre de Dios, verdadero consuelo de los afligidos, bendita sea vuestra gracia y vuestra belleza, que así robais el cariño y la confianza de los tristes mortales. Bendita sea vuestra misericordia, y así os veais servida y venerada de todas las criaturas.

Alabemos á Dios, no olvidemos jamas sus dones; pero acordémonos para honrarle y bendecirle por ellos, ejercitándonos en un continuo y sincero reconocimiento de los beneficios de su amable providencia. Esta es una de las virtudes mas importantes en todas las condiciones de la vida, y, tal vez, la ménos conocida aun dentro del cristianismo. Esta es una de las virtudes que hay mas necesidad de predicar á los hombres, porque nos excita al amor de Dios; y este reconocimiento de los beneficios de su liberalidad nos conduce á Dios con mucha mas eficacia que el miedo y el temor. Si hiciésemos mas reflexion sobre los beneficios de Dios, estaríamos ménos descontentos de lo pasado, mas satisfechos de lo presente, y ménos inquietos de lo porvenir: nuestra suerte nos parecería mejor y viviríamos mas sumisos á la Providencia. Pero aunque esta tierna madre nos tiene colmados y penetrados de sus cuidados, de sus atenciones y de sus favores, nosotros gozamos de ellos sin apreciarlos; y cuanto mas nos dé entónces, creemos que nos debe aun mas. El rico mas colmado de sus dones vemos que es menos sensible, que el pobre que le da gracias al comer el pan grosero de que le provee; y todos en general somos mas inclinados á quejarnos y murmurar de la Providencia, que á agradecer sus beneficios.

Yo quisiera corregir en este dia tamaño extremo de ingratitud; y para proponeros mi designio, me atengo al pensamiento del doctor angélico santo Tomás, y hago consistir este reconocimiento cristiano

en estos dos puntos, conocer y reconocer: conocer que todo viene de Dios; y reconocer, dirigiéndolo todo á Dios. Atended si gustais: *conocer que todo viene de Dios, y de este modo honrarle como á primer principio, es el primer deber: reconocer, dirigiéndolo todo á Dios, y honrarle así como á último fin, es nuestra segunda obligacion.* Virgen purísima, que desde que empezasteis á vivir fué toda vuestra ocupacion el bendecir y amar á Dios, yo espero, que para inspirar á estos vuestros fervorosos devotos unas verdades tan importantes, me alcanzareis la gracia que necesito y que todos os pedimos diciéndoos: A. M.

1. Entre todas las obligaciones del hombre, colmado de tantos beneficios de Dios, una de las mas esenciales es saber, á lo ménos, quien es el autor de los bienes que goza y de que mano los recibe. Ved porque el Dios de Israel, siempre que favorecia á su pueblo con alguna gracia, queria que sus profetas y sus sacerdotes le hiciesen conocer el autor de ella; y así este era el asunto mas frecuente de sus instrucciones y de sus advertencias. Todo esto es obra del Señor, decia David: *A Domino factum est istud.* El Señor ha combatido por nosotros; *Dominus quasi vir pugnans*, cantaba Moisés. Vos, Señor, sois nuestro Padre: todo lo que somos, lo somos por vos; y todo cuanto tenemos, de vos le tenemos: *Et nunc, Domine, pater noster es tu.* En estos y otros mil testimonios de que estan llenos los Libros santos, vemos con cuanto zelo se renovaba la memoria de los beneficios de Dios para imprimirlos profundamente en el corazon.

Pero esto solo aun no es bastante, segun advierte el angélico doctor, porque este reconocimiento interior y secreto debe manifestarse tambien en el exterior, es decir, que debe ser acompañado ó seguido de una confesion pública, que sea un homenaje hecho á Dios por sus beneficios, y que le declare por autor y dispensador de todos ellos (bien sabido es cuan encomendada haya sido esta práctica, pues vemos, que cuando el Señor hacia á su pueblo algun beneficio señalado, luego ordenaba una memoria ó fiesta en su agradecimiento). No se contentaba Dios con un simple conocimiento de sus prácticas, que quedase oculto en el alma; pedia, ademas, una confesion pública y un testimonio sensible de ellas: *Et erit quasi signum in manu tua.* Estos hechos por sí solos nos declaran bien esta verdad, que yo os predico, verdad la mas sensible de todas; pero que la olvidamos con la mayor facilidad. Procuremos en este dia penetrarla bien en sí misma y en sus consecuencias, si queremos reparar tantas ingratitudes pasadas, y no estar siempre negándole á Dios el justo reconocimiento que le debemos.

Porque entre las innumerables perfecciones del Señor, la religion no nos señala un carácter que le sea mas propio y mas inseparablemente unido, que el de primer principio, principio universal; de tal suerte, segun el Apóstol, que todo viene de Dios, todo es por Dios y todo está en Dios: *Ex quo omnia, per quem omnia, in quo omnia*: todo sin excepcion en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia. Observad estas dos palabras. Digo todo en el orden de la naturaleza; y ¿no es esto lo que nos grita toda la naturaleza? Los cielos nos lo anuncian; las estrellas del firmamento lo publican; el aire, la tierra, las aguas, todos los elementos que componen este mundo visible, todas las criaturas usan del mismo lenguaje; lenguaje mudo, pero tan inteligible, que basta la simple razon para comprenderle. Yo instaba á todas las criaturas, dice san Agustin, á que me dijese quien es mi Dios y que idea me debo formar de él, y al punto me parecia que resonaba á los oidos de mi corazon un grito general, y que de todas partes se levantaba una voz para responderme: Dios es el que nos ha hecho á todos. En esto podrás conocer quien es: *Clamaverunt omnes voce grandi: ipse fecit nos*.

Pero si me es permitido añadir algo al pensamiento de san Agustin, todas estas obras del Señor ¿por qué las ha criado el Señor, y para quien si no porque sirven al hombre y no por ellas mismas? De suerte, que todas las utilidades, todas las comodidades, los socorros que sacamos de los cielos, de la tierra y de todas las obras de Dios, son otros tantos beneficios de su liberal mano y de su providencia paternal. En fin, este mismo hombre, esta criatura inteligente y, por consecuencia, la mas noble que debajo del cielo haya sido formada, ¿quién sino el Criador del universo le ha sacado de la nada, le ha animado con su soplo, le ha dado la vida, le ha proveido de todas las facultades del alma y del cuerpo, le conserva con su asistencia continua y le sostiene con su omnipotencia? El santo Job lo confesaba así á Dios: Por vos subsisto, oh Señor, y no por otro alguno: yo no era nada ó no era sino polvo; pero á la manera que el obrero maneja el barro y le da la hechura que quiere, así vos me habeis hecho tal como soy y todo lo que soy: bien os acordareis, oh Dios mio, y yo mismo debo no olvidarlo jamas: *Memento, queso, quidd sicut lutum feceris me*.

Aun digo mas; que Dios es el único autor de todo en el orden de la gracia. ¿No es esto lo que nos enseña san Pablo, cuando para abatir nuestra presuncion y hacernos conocer nuestra insuficiencia nos declara, que por nosotros mismos no somos capaces ni aun de tener un buen pensamiento, cuanto ménos de ponerlo por obra? ¿No

es esto mismo lo que nos enseña el Salvador de los hombres cuando dice á sus discípulos: No podeis hacer nada sin mí, y ninguno, sea quien fuere, puede venir á mí si mi Padre no le llama? ¿No es esto mismo lo que nos anuncian las Escrituras cuando nos dicen, que Dios es quien alumbra nuestro espíritu, Dios quien mueve nuestro corazon, Dios quien dirige nuestros pasos, Dios quien santifica nuestras obras, Dios quien convierte al pecador y perfecciona al justo?

¡Ah, cristianos! estas no son mas que ideas generales; pero ¿cuántos beneficios particulares se encierran en ellas! Este ha nacido con un temperamento el mas feliz, no siente ninguna de las incomodidades de la vida, y á pesar de las fatigas de un trabajo continuo, goza de una salud inalterable; ¿cómo? Por merced de Dios. Aquel en un estado de prosperidad ve que todo le sale bien á medida de su deseo; su caudal se aumenta; sus cosechas son abundantes; establece su familia; y ¿cómo? Por el favor de Dios. Pero ¿á qué me empeño en contar los beneficios que todos recibimos de Dios, si esto seria nunca acabar? Me debo contentar, oh Dios mio, con deciros, que toda la tierra está llena de vuestra misericordia; toda la tierra está llena de vuestros dones; en todos los siglos habeis sido nuestro Dios y lo sereis en todos los siglos; es decir, que siempre habeis sido y siempre sereis el alma de este universo, el primer movil y el principio dominante, el Padre comun, que desde el trono de su gloria, en que está sentado, extiende sus cuidados á todas sus criaturas, y emplea en su favor sus inmensos tesoros y sus fondos inagotables: *Tua, Pater, providentia gubernat*. SAPIENT., XIV.

2. Pues ya lo he dicho, amados míos: ved á lo ménos lo que debemos conocer, no con un conocimiento pasajero, sino vivo y siempre presente. Ved, vuelvo á decir, en lo que debemos pensar, y, si posible fuera, tener á cada momento delante de nuestros ojos para objeto de nuestras reflexiones, porque este conocimiento es el mas propio para mantenernos en tres disposiciones excelentes, que os pido que noteis; quiero decir, en una dependencia de Dios continua y absoluta, en una humildad profunda, y, finalmente, en este ejercicio perpétuo de alabanzas y de accion de gracias que nos recomendó san Pablo tantas veces. ¡Oh! ¡si yo pudiera inspiraros estos sentimientos tan cristianos y tan dignos de la religion que profesais!

En efecto, si llego á imprimir fuertemente en mi espíritu este punto fundamental, que todos los bienes, sean de la especie que fueren, ya temporales, ya espirituales, proceden de Dios y no puedo esperarlos ni recibirlos sino de su mano; que de todos ellos es el único dueño y de consiguiente su único repartidor; que tiene en sus ma-

nos los bienes y los males, las riquezas y la pobreza, la enfermedad y la salud, las aguas y los vientos, y que todo lo distribuyé como quiere y segun le agrada; que él es el que hiere y el que saná, el que empobrece y el que enriquece, el que aflige y el que consuela; conmovido con este pensamiento, siento desde luego toda mi dependencia; y cuanto mas la siento, me hallo mas dispuesto por el impulso mas razonable á servirle, agradarle y rendirle todos los deberes. Sed vosotros mismos los jueces. Cuando vuestra fortuna, segun el mundo, y vuestros adelantamientos dependen de un poderoso, que tiene en su mano el haceros felices; ¿qué no haceis por darle gusto? ¿A qué sumisiones, á qué obsequios, digámoslo mejor, á qué esclavitudes no os sujetais? Y respecto de Dios ¿cómo nos portamos? ¿Qué insensatez y qué locura! El soplo de su ira puede destruir en un momento los frutos de la tierra. Los frios del invierno, la intemperie de la primavera, la sequedad, el granizo, los turbiones, los insectos están en su poder y dispuestos á su voluntad: á una señal de su querer todo queda arruinado, destruido, aniquilado. Nosotros lo sabemos y lo tememos; y en lugar de apartar estos castigos con una vida cristiana, parece que queremos atraerlos sobre nuestras cabezas amontonando pecados, que son la causa de todas las desgracias de que nos vemos afligidos ó amenazados. ¡Gran Dios, hacednos conocer que dependemos de vos, y que nada tenemos sino de vuestra bondad, para que no nos envanezcamos con nuestros bienes!

3. Y á la verdad, si reflexionamos que cuanto hay en nosotros lo hemos recibido de Dios, ¿qué motivo tan poderoso para mantenernos en una humildad profunda! Así discurría el apóstol san Pablo; y aunque no ignoraba la santidad de su ministerio, los frutos de su predicacion, sus milagros, sus éxtasis, el hambre, la sed, los azotes, las calumnias, y todos los trabajos que habia sufrido por Jesucristo, se explicaba á sí mismo la leccion que habia dado á sus discípulos: *¿Quid habes quod non accepisti?* ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y concluía: ¿Qué me resta pues, sino mis flaquezas y mis miserias? Y en el fondo ¿de qué podria gloriarme yo, que soy el último de los apóstoles, yo que ni aun merezco el nombre de apóstol: *¿qui non sum dignus vocari apostolus?* Comprendamos bien nosotros este artículo capital de nuestra fe, que jamás se borró del corazon de san Pablo: que todo lo que somos, sea lo que fuere, excepto el pecado, lo tenemos de la gracia y de la liberalidad del Señor y no de otro alguno. Comprendedlo sobre todo vosotros, que os hallais dotados de bienes naturales, de robustez, de riquezas, de hermosura, de alguna habilidad, y aun mas, vosotras almas virtuosas; comprendedlo bien

todos y no os olvidareis jamás de lo que sois; pues aunque os halleis colmados de todas las prosperidades y dichas de la vida, ó bien hayais llegado á un estado de virtud perfecta, siempre teneis que volver á la conclusion del Apóstol: ¿Qué cosa hay en mí que no me haya sido dada? Y si me la han dado y no la tengo por mí mismo, ¿qué motivo hay para vanagloriarme? *¿Quid habes quod non accepisti? ¿Quid gloriaris quasi non acceperis?*

4. No, hermanos míos, no pensaremos entónces en alzarnos; mas nuestra práctica, la mas ordinaria, será la de alabar al Señor, bendecirle y deshacernos en afectuosas y frecuentes acciones de gracias; práctica talmente recomendada en las santas Escrituras, que parecen no haber sido dictadas por el Espíritu Santo, sino para instruirnos en esta obligacion; práctica tan conforme á las intenciones de la Iglesia, que es casi el único objeto de sus augustas ceremonias y de sus solemnidades; práctica tan comun entre los santos, que incesantemente y en cualquiera tiempo tenian en la boca esta expresion de alabanza: Bendito sea el nombre del Señor; dando gracias á Dios por todas las cosas, segun la máxima y el ejemplo de san Pablo: *In omnibus gratias agite*. Esta conducta no nos debe admirar, porque Dios en todas partes se presentaba á sus ojos, no solamente como Dios de majestad, sino en calidad de bienhechor, de conservador, de santificador, que ó por sí mismo, ó por medio de sus criaturas les hablaba, los instruía, los asistía, no les dejaba carecer de ningun socorro necesario, ni para la vida del cuerpo, ni para la vida del alma. Y ¿qué extraño es, que su corazon se inflamase entónces, y su amor los hiciese prorumpir en sentimientos tan tiernos y afectos tan ardientes? *Benedic, anima mea, Domino et omnia quæ intra me sunt*; SALMO CII. Celebra, alma mia, y canta las misericordias de tu Señor; no tenga ninguna cosa ni dentro ni fuera de mí, que no bendiga su santo nombre. Estas eran las disposiciones de los santos, y estas serian las nuestras si nos aplicásemos á considerar, que Dios es el primero y soberano principio de donde salen todos los bienes. Pero además de conocer que todo viene de Dios, es menester tambien dirigirlo todo á Dios y reconocerle como último fin.

5. Estas mismas fueron siempre las disposiciones de esta Virgen incomparable, de esta Reina de todos los santos; estos fueron los afectos de su abrasado corazon, que no podemos leer sin pasmo en aquel sagrado cántico, que segun san Ambrosio, es el éxtasis de su humildad y de su reconocimiento: *Magnificat anima mea Dominum*: Yo alabo y engrandezco al Señor y le doy las gracias con todas las fuerzas de mi espíritu. Oye los magnificos elogios de su prima santa

Isabel, que alumbrada por el Espíritu Santo, la llama bienaventurada y distinguida entre todas las mujeres; y María, olvidándose de sí misma, se eleva de un vuelo á la divinidad. ¡Qué grande es el Señor de nuestros padres! ¡Qué no pueda yo expresar todo lo que siento de su grandeza! Su alma, entónces, transportada en el poder y en la bondad de su Dios, reconoce sus dones, adora sus misericordias y publica sus beneficios; y toda absorta en el júbilo no se alegra en sí misma ni por sí misma, sino solo en Dios, único autor de su felicidad. Léjos de gloriarse de sus propios méritos, no ve en sí otra cosa que abatimiento y nada. Yo era, dice, la mas desconocida y la mas pequeña de sus siervas, y se ha dignado de dirigir á mí sus atenciones. ¡Qué reconocimiento! ¡Qué amor! ¡Qué humildad! *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ, ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*: Seré llamada bienaventurada, porque el Señor puso los ojos en mi baja.

Así hablaba esta Señora, á quien Dios poseyó desde el principio de sus caminos, es decir, que por toda la eternidad habia sido objeto digno de las complacencias de Dios; y no hubo instante alguno de su vida ejemplarísima en que Dios no dijese de ella: *Tota pulchra es, amica mea*: Toda eres hermosa, amada mia, y no se hallará en tí la menor mancha. Así hablaba esta Señora, que desde el primer instante de su concepcion era ya mas pura, mas santa, mas inmaculada, mas agradable á Dios, que todos los ángeles y todos los santos lo son actualmente en la gloria. Nada digo, que no sea conforme al sentir de los doctores de la Iglesia. Estos nos enseñan, que María, en el primer momento de su concepcion, recibió todas las gracias que pudo recibir una pura criatura: nos aseguran, que se reúnen en María todos los favores que el Criador omnipotente y magnífico ha repartido entre los ángeles que destinó á ser ministros suyos: añaden, que María desde luego fué ilustrada con todas las luces que el Espíritu santificador ha comunicado á sus escogidos; y sin embargo de estar enriquecida de tesoros, de gracias, se reputa por una esclava del Señor, por esclava inútil y aun la menor entre todos los que le adoran. Así hablaba esta Señora, saludada ya por un ángel como Madre de Dios, esta Reina del cielo y de la tierra, que llevaba en su purísimo vientre al que no cabe en toda la extension de los cielos, y habia dado el ser hombre al Verbo eterno, por quien fueron hechas todas las cosas.

Pues ¡qué! ¿no conocia sus privilegios, las gracias que se la habian dado sin medida, y, sobre todo, su dignidad casi infinita, como la llama santo Tomás, la dignidad de ser Madre de Dios verdadero? Sí, conoce toda su grandeza; pero sin dejarse deslumbrar del lustre de

una distincion que la eleva sobre los mismos ángeles, todos sus privilegios, todas sus ventajas las atribuye á solo Dios, porque todo esto no le ha podido venir sino de Dios. Ved por qué dice con tanta ingenuidad como modestia, que no es mas que una sierva del Señor: Mi felicidad es grande, lo confieso; pero la debo á una gracia puramente gratuita del Señor; sola su voluntad es el origen de mi gloria, y de los favores con que le agradó prevenirme: me ha escogido por efecto de su bondad, y esto es lo que me penetra y arrebatada de amor. Él es el soberano Señor cuyo nombre es santo, y su poder sin limites es, que ha obrado en mí tan grandes cosas: *Fecit mihi magna qui potens est*. Aprendamos del ejemplo de esta Virgen santa á honrar á Dios como primer principio de donde salen todos los bienes; pero es menester honrarle como último fin refiriéndolo todo á Dios.

6. Como Dios es el primer principio de todas las cosas, tambien por una consecuencia natural es su último fin; es decir, que como todas las cosas pertenecen á Dios, al modo que una obra pertenece al artífice que la ha hecho, deben todas, en el uso que hacemos de ellas, volver á Dios, ser empleadas para Dios, y servir todas al cumplimiento de los designios de Dios, y de su divina voluntad. Aun por esto queria Dios que le ofreciesen los hijos primogénitos, y que le presentasen los primeros frutos de la tierra: porque yo soy el Señor y todo es mio: *Mea sunt omnia*. Razon soberana, razon comun y general para todos los estados y para todos los tiempos, porque respecto de todos los estados y de todos los tiempos el dominio de Dios es siempre el mismo; y no teniendo nosotros nada que no hayamos recibido de Dios, nada tenemos que no debamos referir y volver á Dios como á su origen.

Esta es una verdad incontestable, y que desde luego la conoce nuestro entendimiento; y ya que vemos que en nuestros dias no se muestra Dios ni ménos liberal, ni ménos benéfico que en otros tiempos, y en lugar de interrumpir sus gracias y entibiarse sus cuidados los ha redoblado, razon será que empleemos sus dones en su servicio, y que no haya en nosotros un pensamiento, una palabra, una obra, que no se dirija á su majestad y á su mayor gloria.

Esta es nuestra obligacion muy esencial; y en cumplirla consiste todo el hombre, dice el Sabio: *Hoc est omnis homo*. Eccli., XII. Pero ¿quién es entre nosotros el que paga este reconocimiento tan justo á los beneficios de Dios? Al contrario, bien léjos de honrar á Dios con sus dones, ¿en qué los empleamos y qué uso hacemos de ellos? Esta es la ocasion de reprendernos á nosotros mismos, si nos hallamos culpables; y yo me limitaré á hablar del gran beneficio que

acabamos de recibir, y por el cual damos á Dios este testimonio público de nuestro reconocimiento. Va uno á reconocer sus campos, pasea sus tierras, gusta de ver sus ganados, y siente una secreta complacencia, como es natural. Pero ¿no seria mas natural, que levantasé al mismo tiempo los ojos al cielo y exclamase: ¡Cuán admirable es vuestra providencia, oh Dios mio! yo os doy gracias por todos estos bienes que me dais? No permitais que yo sea esclavo de ellos, ni que me llenen de orgullo; haced que sirvan para mi bien y para gloria vuestra, para alivio del necesitado, para socorro del pobre, para obras de piedad y de misericordia. Pero no habla así: se vanagloria interiormente, y poco falta para que diga al modo del Rico avariento: Entre mis bodegas y mis graneros se aumentará mi caudal; ya podré vivir á gusto, comer, beber, jugar, divertirme, hacerme respetar de todos: *Anima mea, quiesce, comede, bibe, epulare.* Luc. xii. Todo lo aplica para sí, para su comodidad, para su regalo, para su lujo, para sus vicios.

¿No nos acordaremos para nada de la divina Providencia? Sí, nos acordamos; pero es para quejarnos de ella cuando las cosas no van á medida de nuestro deseo. El que gana mucho con sus haciendas y con sus negocios, por lo comun no piensa que lo debe todo á la Providencia; pero si una contrata se desgracia, si los temporales son malos, si le aflige algun contratiempo, entónces murmura de ella. ¡Oh ingratitud increíble! ¡Hacer servir al pecado los bienes que derrama continuamente sobre nosotros! Gozamos de los favores de la Providencia sin sentirlos, y cuanto mas nos da, entónces creemos que nos debe dar aun mas. El que mas tiene comete ordinariamente mayores desórdenes, porque no usa de sus bienes para los fines que Dios se los ha dado, y no se acuerda de ofrecerlos y dirigirlos á Dios por un justo reconocimiento. ¡Y luego extrañaremos que decaigan los caudales, que se arruinen casas opulentas, y que lleguen á pedir limosna muchos ricos orgullosos! Cristianos míos, que queramos ó no queramos todo es de Dios, todo nos viene de su mano, y no hay quien pueda resistir á su voluntad y á su poder. Pidamos á Dios con humildad, pues es nuestro Padre, y nos dará lo que nos convenga. Démosle gracias por sus beneficios, y ofrezcámonos á cumplir en todo su voluntad. Este es el principal agradecimiento que quiere de nosotros. No necesita de nuestros bienes; pero nos manda que usemos de ellos para los fines de su gloria. Y no dudemos, católicos; nuestro reconocimiento y el buen uso de sus favores le empeñarán en concedernos de nuevo otros muchos. ¿Y qué no podremos esperar de su bondad, teniendo por nuestra abogada una Madre tan pura, tan san-

ta y tan perfecta como María? *Pete, mater mea:* Pedid, madre mia, le dirá su Hijo omnipotente, con mas razon que Salomon se lo decia á Betsabé: pedid ó mas bien mandad todo lo que querais; porque ¿cómo podré negar nada á vuestros ruegos?

¡Oh Virgen soberana, oh Virgen inmaculada! Dios ha querido poner en vuestras manos todo su poder, y os miramos como árbitro de nuestra suerte; ved por qué recurrimos y no cesaremos de recurrir á vos en nuestras mayores aflicciones. Nos habeis tratado como Madre de clemencia, y nos habeis socorrido en la gran necesidad que padecíamos: pues nosotros nos ofrecemos de nuevo por hijos vuestros, y miramos como nuestra mayor obligacion la de alabaros y honraros sin cesar. Recibid, Señora, las gracias que os damos de todo corazón, y no os olvideis de que sois nuestra Madre, nuestra patrona y nuestra esperanza. Por vuestra mano nos ha dispensado Dios la gracia que le pedíamos; y por vuestra mano deseamos que pasen nuestro reconocimiento, nuestros votos y nuestras gracias, porque así tendrán mas virtud y le serán mas aceptables. Decid á Dios que somos hijos vuestros, y esto basta para que nos salve. Alcanzadnos el amor de Dios, un perpétuo reconocimiento á sus beneficios, una resignacion entera á su santísima voluntad, y los bienes temporales que necesitamos para apeteer con mas confianza los eternos, los cuales esperamos gozar en vuestra compañía por eternidades en la gloria. Amen.

Véase AGRADECIMIENTO.